

Reseña de libros

JIMÉNEZ, Félix (editor), 2010, *Teoría económica y desarrollo social. Exclusión, desigualdad y democracia. Homenaje a Adolfo Figueroa*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. 388 pp.

Un hilo conductor de los diferentes trabajos que conforman este libro editado por Félix Jiménez en homenaje a Adolfo Figueroa es el relativo a los actores del desarrollo. Ello encaja bien con un resultado del modelo que este autor elabora: en la mayoría de los países subdesarrollados no hay actores capaces de –o interesados en– transformar las estructuras de desigualdad heredadas de sus pasados coloniales, cosa que impide un mayor dinamismo de la inversión, la productividad y la competitividad internacional, lo que a su vez dificulta que los mercados contribuyan sustantivamente a la absorción de mano de obra y a la disminución de la desigualdad.

El libro se divide en tres partes, la primera de las cuales nos ofrece artículos de índole conceptual. El autor del primer artículo, Daniel Martínez, pone de relieve dos aspectos importantes de la obra de Figueroa, siendo el primero el más importante y consiste en la explicación de la persistente desigualdad en los países subdesarrollados con herencia colonial. Martínez recuerda la decisión de Figueroa de adoptar un planteamiento arriesgado sobre la relación entre equidad y competitividad. La más conocida es la relación directa, casi mecánica, entre productividades relativas y competitividad, a ella Figueroa añade un factor que precede a esas productividades: la equidad. La equidad no es un resultado de la actividad productiva, sino un factor que determina la naturaleza de esta a través del impacto que tiene sobre la magnitud y las características de la inversión. Mirando las cosas en términos siempre relativos y a nivel internacional, a mayor inestabilidad, mayor riesgo, menor inversión, menor productividad y menor competitividad. Los precios relativos son, en cierta medida, sustituidos por la intensidad relativa «en estabilidad social», que orientaría la inversión hacia la explotación de recursos naturales. En la segunda parte del artículo, Martínez presenta la tesis del homenajeado que muestra que una mayor escolaridad no se convierte en mayor igualdad porque el progreso es diferenciado según

los grupos sociales y ocurre al interior de cada grupo social, no permitiendo, por tanto, la movilidad intergrupala.

El trabajo de Berry nos trae al tema de las relaciones internacionales, pero desde un enfoque que facilita nuestra reseña, ya que trata de los actores tras el Consenso de Washington. En este caso, sobre los actores en los procesos intelectuales y políticos que impulsaron las reformas económicas. La tesis del autor es que: «Mientras que el proceso intelectual fue poco riguroso, el proceso político fue capturado por un pequeño grupo de políticos, muchos de los cuales de alguna manera estaban vinculados a ciertos intereses creados» (p. 85). El artículo de Berry apunta a actores que Figueroa ha considerado alguna vez entre los más poderosos para romper con la herencia colonial, como son los organismos internacionales, especialmente el Banco Mundial. En cualquier caso, el resultado de las reformas impulsadas por esta y otras entidades no ha dado lugar a una ruptura de esa índole y la desigualdad en los países ha persistido o aumentado, en ese sentido se refuerza el pesimismo de Figueroa al respecto.

En un artículo crítico del trabajo de Figueroa, el editor del libro evalúa minuciosamente y cuestiona los fundamentos teóricos de varias de las piezas claves en la argumentación, proveyendo explicaciones alternativas a problemas como el desempleo. Respecto de los actores del proceso económico, Jiménez critica la imprecisión en el momento de definirlos, ya que la rendija que la obra de Figueroa abre al protagonismo de los actores consiste en la confianza que manifiesta en que el desarrollo de la «conciencia de la gente sobre el mundo social en que vivimos» permitirá «agilizar y reforzar» procesos nuevos (p. 102). Jiménez destacará el papel del Estado, cosa que Figueroa se resiste a hacer, pues considera a la acción estatal endógena condicionada por un conjunto de factores difíciles de sacar del camino.

La segunda parte del libro tiene un mayor contenido empírico. En su análisis de la desigualdad de ingresos en el Brasil, Amann y Baer sostienen que si bien la desigualdad de origen colonial se expresa directamente en la concentración de la propiedad de tierra, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones constituyó un factor adicional de concentración de propiedad, esta vez industrial, y las reformas neoliberales, incluyendo las continuadas por Lula, no revirtieron esa desigualdad al mantener un sistema tributario regresivo. El efecto de la Bolsa Familia habría sido muy poco importante para la distribución. El planteamiento de los autores es empíricamente compatible con la tesis de Figueroa sobre la desigualdad en países con fracturas raciales, pero la crónica del proceso económico brasileño es más abierta a la influencia gubernamental sobre su curso.

Si en el artículo anterior se muestra la persistencia de la desigualdad interna en un país, en el de Milanovic se comprueba la ampliación de las brechas económicas entre países, otro tema central en el trabajo de Figueroa. La tesis sobre la evolución de las economías que presenta Milanovic es sencilla. Tras una revisión de diversos factores explicativos de esa ampliación durante el periodo 1980-2002, como son las reformas económicas, la democracia, la apertura comercial, la inversión extranjera directa, la asistencia internacional y la educación, el autor llega a la conclusión de que el factor más destacable del estancamiento de los países más pobres es su participación en guerras.

El artículo de Carter y Morrow trata sobre el comportamiento de los votantes y usa un modelo en el que el tipo de votación depende de la dinámica de ingresos del país. Donde las perspectivas de movilidad ascendente de amplios grupos son nulas, como en la sociedad Sigma diseñada por Figueroa, la preferencia del votante será por propuestas que favorecen la redistribución, sostienen los autores. ¿Es entonces el votante un actor capaz de cambiar la distribución? Carter y Morrow elaboran un modelo que lleva a la polarización política, como la que sucedió en las elecciones presidenciales peruanas del 2006, con la consiguiente declinación de opciones centristas.

En su aporte, Thorp describe y analiza la experiencia de los comedores populares con el fin de evaluar desde un caso específico de acción colectiva la posibilidad de revertir el pesimismo de Figueroa respecto de la capacidad o interés de diversos actores para enfrentar el problema de la desigualdad. El análisis destaca la solidaridad lograda por un grupo en el que género, etnicidad y pobreza se suman, pero también su debilidad ante el clientelismo y la cooptación, particularmente durante el gobierno de Fujimori.

Un aspecto importante de la argumentación en la obra de Figueroa ha sido el relativo al escaso efecto del proceso educativo sobre la desigualdad. El estudio de Rodríguez y Vargas refuerza esa tesis al comprobar que la gran cantidad de los niños que trabajan y estudian tienen menores rendimientos escolares y que los factores extraescolares, como el tipo de familia de los niños, influye mucho en el efecto de la educación sobre el capital humano de los jóvenes.

Finalmente, la tercera parte de este libro trata más sobre la política. En diálogo con los planteamientos de Figueroa, el ensayo de Stewart reflexiona sobre la importancia de la desigualdad entre grupos étnicos, religiosos, etc., a la que denomina desigualdad horizontal. Una conclusión de diversos estudios de la autora y de otros sobre esta es que: «La desigualdad de grupo tiende a ser más persistente y difícil de resolver que la desigualdad individual» (p. 294). Stewart apunta, pues, hacia actores colectivos y hacia políticas estatales de acción afirmativa e integral, lo que supone el logro de un apreciable poder político.

Siempre en la búsqueda de salidas a la desigualdad y la pobreza, el trabajo de Ocampo se contrapone al predominio de la focalización como manera de enfrentar esos problemas y propone un mayor acento en la universalidad en las políticas sociales. Ocampo muestra que la focalización más eficiente es la que se logra por medio de la universalización de los programas. A la inadecuación se le añade la provisión de servicios sociales por distintas instituciones, ya que unas seleccionan a los mejores clientes del mercado, dejando a los menos pudientes en situación de abierta desventaja. La universalización requiere una política tributaria más basada en impuestos directos, lo que supone un «pacto fiscal».

Justamente, la tesis de Calderón es más optimista, pues consiste en postular que estamos en un momento de inflexión histórica en el que se están gestando nuevas oportunidades para reducir la inequidad social y avanzar hacia el cambio en América Latina y en el que surge «una ciudadanía más autónoma y crítica, una ciudadanía vinculada a nuevos espacios públicos de participación, conflicto y diálogo» (p. 321). La incorporación de la dimensión sociocultural añade un acercamiento más a la preocupación por los elementos étnicos presentes en el trabajo de Figueroa.

El libro termina con un trabajo de Musgrove sobre el problema de la salud, pero que puede extenderse a otras dimensiones de la vida. Al señalar que es más fácil reducir la desigualdad en salud que en ingreso, abre una ruta importante. En ese sentido añade vías de progreso que no dependen tanto de la distribución del ingreso y que pueden influir en ella de manera progresiva y consistente.

En conclusión, los artículos en el libro editado por Jiménez nos ponen ante un conjunto amplio de actores y de opciones de acción que se confrontan con las tesis centrales de la investigación de Figueroa y, en casi todos los casos, las complementan.

Javier M. Iguíñiz Echeverría
Pontificia Universidad Católica del Perú